

Trópico de Nicaragua, 1979

FERNANDO
BUTAZZONI

A Fanny, que conoce la historia verdadera.

NI CÁNCER NI Capricornio. Este fue mi trópico personal y lo cuento tal como lo recuerdo, aunque eso no garantiza nada. Es un mediodía caliente y nosotros somos diez o doce tipos del ejército sandinista tendidos en una trinchera que da lástima. Alguien nos ha ordenado rodear la ruta Panamericana y establecernos en el flanco oeste de la colina 50. Durante la mañana hubo unos tiroteos esporádicos, y después nos limitamos a trasladarnos de la forma más sigilosa posible de una posición a otra. El paisaje es hermoso: hacia el norte hay unas lomas, luego un barranco y la playa del lago. Y sobre el agua, entre las nubes, aparece la imponente silueta del volcán Mombacho, una montaña de color azul que a veces, por las noches, lanza unos gemidos que se oyen desde la selva.

Mi problema es que no he podido ir al baño. Hace diez días que no muevo el intestino. No voy de cuerpo. No cago. Memo me advierte que van a terminar llevándome a Costa Rica para operarme. Así nomás. A muchas personas el miedo les provoca diarrea. Bueno, a mí el susto de la lucha guerrillera me ha provocado un estreñimiento feroz. Eso, en el frente de batalla, es una señal de mala suerte. El otro día uno de los médicos me dio unas píldoras laxantes, pero no surtieron ningún efecto. Vinicio, un guatemalteco que es filósofo, me trajo unos mangos verdes, y tampoco sirvieron. Tengo fiebre, y la barriga se me ha hinchado como si estuviera embarazado. Me siento raro, una mezcla de Che Guevara y el gordo Porcel, un animal imposible perdido en las selvas de Nicaragua, muerto de calor y de sed y de miedo, dispuesto a cualquier sacrificio para lograr la paz intestinal.

Vuelvo a mi trópico: los artilleros estamos tendidos en una trinchera mal cavada, con el sol que cae a plomo sobre nuestras cabezas. Hay olor a podrido ahí, un tufo insoportable que viene de otra trinchera ubicada unos cien metros hacia el este. Braulio dice que, aunque esa trinchera está llena de cadáveres, es mucho más segura que ésta en la que nos refugiamos ahora. Se me ocurre pensar, por simple asociación de ideas, que meterme en una trinchera de esas puede ayudar en mi proceso descongestivo. El sol me hace pensar en el sombrero de Sandino. En eso cae la primera granada de mortero.

En mi mente, o por lo menos en mi recuerdo de ese día inolvidable, el ruido llega mucho después. Hay un fogonazo a la derecha, a unos pasos ape-



Foto Daniel Caselli

nas, y algo parecido a un surtidor de tierra que se eleva despacio. Luego llega el ruido de la explosión. Y un grito. Miro hacia atrás y veo al Campesino hincado en la tierra, con la cabeza ensangrentada. Caen cuatro morteros más, al hilo. Hay otro herido, pero no puedo ver quién es. Me incorporo y corro hacia donde está el Campe. Su cabeza está ensangrentada y lo que veo es un pedazo de cerebro que le cuelga del pelo. Pienso que no puede ser, y claro que no puede ser: es tierra, un mazacote de barro que se le ha pegado a un costado de la cabeza. Pero eso lo comprendo después, al rato, cuando me llevo al Campe hacia la retaguardia. Como puedo cargo mi fusil y mis arcos de combate y los binoculares que me dio Fidel y la cantimplora y una pequeña mochila con varias latas de leche condensada El Bebé Holandés. Eso pesa más que todos mis pecados.

Mientras caminamos trato de ayudar al Campe, que me tranquiliza con un discurso sobre la ley de las probabilidades. Él está herido, pero me ayuda a mí. El puesto médico está como a dos kilómetros hacia el sur, entre Sapoa y Peñas Blancas. Atrás, en las trincheras, se ha generalizado el tiroteo. No puedo más. Mi panza de guerrillero embarazado parece que va a explotar. Nos desviamos un poco hacia el oeste para alcanzar el trillo que corre en el borde de una zona selvática conocida como La Zopilotería. Nunca pude encontrarla en ningún mapa, pero ahí está. Espléndida, llena de papagayos y tucanes y monos y serpientes. El Campe tiene la camisa empa-

pada de sangre, por lo que supongo que se va a morir ahí nomás. Me siento un desgraciado. Voy demasiado lento. No soy enfermero y para colmo estoy en un territorio sembrado de enemigos. Como en las películas. Ahora me siento el sargento Saunders en los campos de Francia infestados de alemanes. Vuelvo a mi infancia, a la televisión, a una nostalgia inoportuna.

Al final, después de una hora larga de travesía, llego con el herido al puesto médico. Al Campe lo tienden en un catre mugriento. Otra vez aparece Memo y me toca la panza, me ofrece agua y me ordena que descanse. Pero yo, por alguna razón que no tiene nada que ver con el heroísmo o el deber, resuelvo seguir mi viaje y regresar a la línea de trincheras. Me tercío el FAL y salgo de nuevo hacia mi puesto de mando. Cruzo por Sapoa y me interino solito en el sendero de la selva. Caer tarde. No se oye nada. Los morteros han cesado. Los disparos de ametralladora también. Una de dos: o mis compañeros están todos muertos, o lograron ocupar las posiciones enemigas.

Entonces veo una sombra. Me detengo, me agacho, preparo mi fusil. Por un instante estoy dispuesto a morir como un valiente, pero enseguida me arrepiento. Entre las enormes hojas de unos bananos, a pocos metros, veo dos o tres figuras que se deslizan rápido, en silencio. Sé que el enemigo tiene comandos entrenados, que los ha infiltrado por las noches en nuestras líneas para degollar a las postas que hacen guardia en los campa-

mentos. Dicen que esos comandos son implacables. Despacio, me recuesto a un árbol. Me parapeto allí. Espero. Las sombras caminan entre los bananos. No veo más que eso: sombras. En un rato será de noche.

Siempre le tuve miedo a la oscuridad. Pensar en eso me pone mal. El pánico llega. Tengo ganas de volver corriendo por el trillo rumbo a Sapoa. De inmediato comprendo que sería un suicidio. El miedo me ahoga. Sudo. Y siento un calambre. El primer calambre de mi panza después de tantos días. Algo se acomoda dentro de mí. ¡Sí, algo se mueve! Hay vida ahí después de todo.

En la media luz del atardecer veo que las sombras se instalan entre unos helechos, junto a un tronco caído. Seguro que están preparando la emboscada. Saben que estoy aquí y van a esperar la noche para degollarme. No quiero morir, y menos de noche. Pienso en la muerte y el calambre de mis tripas se convierte en una especie de hierro caliente que baja y me quema la entepierna. El dolor me quita el aire, me impide pensar. Siento algo tibio que corre por mis muslos. Como puedo meto una mano por debajo del pantalón y veo que es sangre. Muerte poco digna si las hay. Puteo en un susurro y me asusto pues supongo que los comandos enemigos pueden oírme. Ellos están quietos. Ahí veo los bultos. No puedo más. Algo se desgarró en mi interior. Voy a parir. El guerrillero embarazado va a parir o lo que sea que ocurra. La cobardía, como siempre pasa, me vuelve audaz. Quito el seguro del fusil y coloco el selector en rá-

faga. Ahora los hijos de puta se han quedado quietitos. Los tengo en la mira. Algo se abre paso por mis tripas. Aprieto el gatillo. Les vacio el cargador entero. Coloco otro cargador y vuelvo a disparar. El tableteo me sacude. Las balas del FAL talan la selva, agujerean troncos, tumban algunas pencas, dan en el blanco.

Espero. Ya casi es de noche. Todo ha quedado en silencio. Despacio me incorporo. Siento un mareo. Tiemblo. Después diré que es la fiebre o el dolor, pero yo sé que es el miedo. Camino con el fusil listo. Me acerco al claro en donde están los cadáveres. Ahí están tirados. Son unos amasijos de carne y sangre. Amasijos oscuros. Demasiado oscuros. Llego junto a ellos y veo que son unos monos. Tres monos. Apenas tres monitos congo destrozados por las balas de mi FAL.

No sé qué hacer. Me parece que todo ha quedado atrás. Que la guerra ha desaparecido. Que mis compañeros me olvidaron y se fueron. Que mi hijo nunca sabrá quién fue de verdad su padre. Me parece que soy un criminal de guerra. Y que estoy solo en el mundo, solo en la selva con esos pobres monos. También comprendo que, pese a todo, estoy a punto de volver a la vida. Con una alegría no exenta de dolor olvido al Che y al sargento Saunders y al general Sandino. En cámara lenta me quito los arcos de combate. Apoyo el fusil en el tronco caído, aflojo el cinto y, de manera ritual, me bajo los pantalones. Luego, en cuclillas, me armo de coraje para afrontar mi destino y culminar una jornada inolvidable. ■